

CAPITULO XXI.

Emirato de Almondhir.—Progresos del rebelde Caleb-ben-Hafsun.—Muerte de Almondhir.—Sucédele su hermano Abdallah.—Sublevación de su hijo Mohamed.—Otras rebeliones.—Dominalas Abdallah.—Su muerte.

MUERTO como sabemos Mohamed I en 886, dejando treinta y tres hijos, de ciento que había tenido, sucedióle su hijo segundo Almondhir, proclamado *Alhadí* ó heredero tiempo atrás y á la sazón en Almería, de donde dirigióse á Córdoba á tomar posesion del gobierno; esta circunstancia sirvió á Caleb ben Hafsun que aprovechándose de su ausencia se apoderó de Zaragoza y Huesca y auxiliado por los cristianos de Toledo, penetró tambien en esta ciudad.

Inmediatamente de tener aquel noticia de semejantes hechos, reunió cuantas tropas halló á mano y con ellas dispúose á marchar contra Caleb, enviando de vanguardia á su *hagib* Haxem al frente de un cuerpo de caballería. Impúsole á ben Hafsun el aparato de fuerza que para combatirle se desplegaba y no atreviéndose á afrontar el riesgo abiertamente, apeló á la astucia y envió comisionados á Haxem que le hicieron presente que había ido á Toledo engañado por los cristianos de la ciudad y prueba de ello que se comprometía á evacuarla si se le proporcionaban medios para conducir sus heridos, provisiones y efectos de guerra sin gravar al país: el lazo no podía estar preparado mas hábilmente, y Haxem cayó en él escribiendo á Almondhir lo que acontecia y pidiéndole su consentimiento para aceptar la proposicion de Caleb que creia muy ventajosa y lo hubiera sido en efecto, á haberse hecho de buena fe.

Esta misma circunstancia, lo que sobre el carácter de ben Hafsun sabia, y el recelo que conservaba desde la traicion de Alcañiz ejecutada por el padre de este, movieron al emir á contestar á su *hagib* otorgándole licencia para obrar como mejor le pareciera, pero advirtiéndole que desconfiara mucho del astuto zorro de ben Hafsun. Esta prudente observacion no bastó á prevenir á Haxem quien, confiando en Caleb, aceptó sus proposiciones y le envió acémilas y carros para que transportara sus heridos y municiones de boca y guerra.

Al principio todo fue bien: este, una vez hechos los preparativos necesarios, salió de la ciudad y Haxem entró en ella sin oposicion alguna ni hallar dentro indicio sospechoso, por lo cual licenció la mayor parte de sus tropas, y dejando solo una guarnicion escasa, regresó á Córdoba satisfecho de haber puesto término á tan poca costa, á una guerra que tan formidable se había presentado al principio.

Pero esto era precisamente lo que esperaba Caleb: entonces acometió de improviso á los que guiaban las acémilas y los degolló inhumanamente; retrocedió hácia Toledo y al mismo tiempo que acometía de frente á la ciudad, una parte de los suyos, que al abandonarla había dejado ocultos, saliendo inopinadamente de sus escondites cargaron sobre los pocos soldados fieles al emir que la guarnecian, y que no pudiendo resistir este doble y simultáneo ataque sucumbieron tambien á manos del feroz ben Hafsun, quien de este modo quedó de nuevo dueño de ella.

Cuando Almondhir supo estas nuevas, fue tal la cólera que le dominó, que sin tener en cuenta los dilatados servicios que le había prestado Haxem le hizo prender y decapitar por haberse dejado engañar tan ignominiosamente: sus dos hijos Ahmed y Omar fueron asimismo presos y encerrados en una torre y sus bienes confiscados; inmediatamente de esto púsose nuevamente á la cabeza de sus tropas y en union de su hermano Abdallah, hombre, al decir de los escritores árabes, sumamente instruido y valiente, dirigióse contra Caleb resuelto á aniquilarle.

Llegados frente á Toledo, Abdallah se quedó sitiando la ciudad y Almondhir dirigióse en busca de las partidas de rebeldes que infestaban el país, consiguiendo sobre algunas, varios triunfos durante todo el año 887; pero al siguiente su arrojo en atacar á una muy numerosa le costó la vida junto á Huet.

Sabedor de esta desgracia Abdallah, partió á Córdoba con toda premura y dirigióse al lugar en que el *mexuar* (consejo de estado) se hallaba deliberando acerca del sucesor que se había de dar al difunto emir; su llegada fue la señal de su eleccion, verificada con una unanimidad que es la prueba mejor de las altas prendas del elegido, mucho mas si se atiende á que Almondhir había dejado hijos, aunque de edad temprana.

El emirato de Abdallah empezó por un acto de clemencia, ó si se quiere, de justicia, que, aplaudido por la mayoría de sus súbditos, le acarreo sin embargo disgustos sin cuento. Tal fue el de poner en libertad á Omar y Ahmed, nombrar á este capitán de su guardia, reponer á aquel en su cargo de wali de Jaen y devolver á ambos sus bienes; y no se crea que fueron ingratos á sus beneficios, sino que uno de sus hijos, Mohamed, wali de Sevilla, conservaba contra ellos resentimiento por cuestiones de amoríos, y al ver la conducta de su padre apoyado ó quizá instigado por dos de sus tios, Alkasim y Alasbag, rebelóse contra él, uniéndose tambien en breve los alcaides de Ronda, Lucena, Archidona y la mayor parte de los de la provincia de Garnathah (Granada).

Supo esto Abdallah cuando se disponia ya á marchar de nuevo contra ben Hafsun y comprendiendo que este era el principal enemigo, sin suspender su expedicion encargó á su otro hijo Abder-

rahman que viera de hacer entrar en razon á su hermano por medio de la persuasion, y dirigióse á Toledo. Pero dos nuevas sublevaciones, en Mérida y Lisboa, le impidieron ponerla sitio, obligándole á encaminarse al primer punto, y enviar al segundo al wazir Abu Otman con una escuadra.

La llegada de Abdallah á Mérida fue la señal de su sumision, pues comprendiendo el cadí Suleiman ben Albaga que le seria imposible resistir á los cuarenta mil hombres que este acudillaba, hizole juramento de obediencia y solicitó su perdon con grandes humillaciones, perdon que le concedió el emir con su habitual generosidad. Tambien aunque con mas trabajo logró Abu Otman penetrar por fuerza en Lisboa y haciendo prisioneros al wali y otros de los principales reos, les mandó decapitar, siendo sus cabezas el parte que segun costumbre de los árabes, envió á Abdallah de sus triunfos.

Entre tanto Mohamed y sus tios negábanse á toda avenencia y cada vez reunian mayor número de partidarios en las tierras de Granada y Jaen, mientras que ben Hafsun, si bien no lograba vencer al emir, vuelto de nuevo frente á Toledo, tampoco era derrotado por este y enviaba á las provincias meridionales á Obeidallah ben Omiad, caudillo valiente y entendido, para suscitarle enemigos y organizar á los que ya lo eran.

¿Qué hizo Abdallah ante semejantes circunstancias? Léjos de amilanarse ante el peligro, pareció que este le prestaba nuevas fuerzas, y ni aun el saber que Obeidallah unido á otros dos rebeldes Suar y Aben Suquela había derrotado á uno de sus caudillos, Abdel-Gafir, y extendióse por todo el país desde tierra Elvira hasta Calatrava, y que su hijo Mohamed amenazaba apoderarse por un golpe de mano de la capital, fue bastante á hacerle decaer de ánimo un solo momento.

Para precaver lo último, abandonó nuevamente á Toledo, entró en Córdoba, y despues de dejar las fuerzas necesarias, salió en direccion de los distritos de Jaen y Granada, jurando no volver sin haber castigado á los rebeldes que en ellos había, y en efecto, hallando cerca de tierra Elvira á las fuerzas reunidas de Suar y Aben Suquela trabóse la lucha, y en ella pereció el segundo con doce mil de los suyos y cayó aquel prisionero á causa de haber sido herido, haciéndole el emir cortar la cabeza.

Léjos de abatir á los sublevados este desastre, nombraron caudillo á Zaide y continuaron sus tropelías; pero sobrado orgulloso y confiado este, tuvo la audacia de dejar las montañas y en las llanuras de Loja presentar la batalla á las tropas de Abdallah, sufriendo en consecuencia una terrible derrota en la que quedó hecho prisionero, y este á pesar de su habitual templanza, irritado por los obstáculos que continuamente se le suscitaban, le hizo abrasar los ojos con un hierro candente, y tras tenerle tres dias padeciendo dolores agudísimos, le mandó finalmente decapitar.

Entre tanto Abderrahman viendo la inutilidad de sus gestiones para someter á Mohamed su hermano por la persuasion, decidió hacerlo por la fuerza, y emprendiendo la campaña con ardor en breve tiempo le quitó las ciudades de Carmona y Sevilla, poco despues hallóle cerca de esta y atacándole enérgicamente consiguió no solo derrotarle, sino hacerle prisionero en union de su tio Alkasim, ambos heridos aunque no de muerte, y que fueron trasladados luego que su estado no ofreció peligro, á una torre de Sevilla, en la cual, murió aquel el año 895, envenenado segun la creencia del vulgo, lo cual dió márgen á que á un hijo que dejó se le diera el nombre de *hijo del Mactul* (asesinado).

Durante este intermedio los restos de los rebeldes que habían escapado de la derrota de Loja, retirados á la Alpujarra nombraron su jefe á Mohamed ben Abdeha conocido tambien por el sobrenombre de Azomor, el cual se contentó con resistir desde los inaccesibles picos de las sierras de Ronda, Granada y Antequera los esfuerzos de las tropas de Abdallah, quien convencido del poco fruto que había de sacar de una guerra semejante, y como quiera que mientras permaneciesen los rebeldes en las montañas poco era lo que le perjudicaban, tornó á Córdoba con objeto de dedicarse al exterminio de ben Hafsun.

Por este tiempo fue cuando Alfonso III causó á las tropas de este mandadas por Ahmed ben Moavia tan terrible descalabro cerca de Zamora y avanzó hasta Toledo, obligándole á comprar su retirada.

Entretanto, Caleb logrando introducirse en Córdoba de oculto, tramaba una conspiracion para arrojar del trono á Abdallah; pero Suleiman ben Albaga, el cadí de Mérida perdonado por este, correspondió á su generosidad descubriéndole la presencia y los proyectos de ben Hafsun, que tuvo que huir de la ciudad disfrazado de mendigo hasta llegar á Toledo.

Encargóse de perseguirle Abu Otman, quien haciéndole sufrir varios descalabros le obligó á no salir de esta ciudad en tres años, y encargado despues de la guerra, Abderrahman, el hijo del emir, tambien le forzó á mantenerse dentro de sus muros.

Por entonces fue cuando Alfonso III el Magno abdicó la corona en favor de sus hijos.



RECONOCIMIENTO DE ABDERRAHMAN, PRIMER EMIR ALMUMENIN.

CAPITULO XXII.

Ultimos hechos de Abdallah. — Causas que le movieron á hacer proclamar Alhadi á su nieto Abderrahman-ben-Mohamed. — Su muerte. — Primeros actos de Abderrahman III. — Pacificacion casi completa del pais. — Muerte de Caleb-ben-Afsun. — Garcia I en Leon. — Su coronamiento. — Ordoño II. — Sus victorias contra los árabes. — Triunfo de san Estéban de Gormaz.

La guerra contra Caleb continuaba con energía dirigida por el hijo de Abdallah, y ya sabemos como Alfonso III ayudó á este en su tarea el año 910, poco antes de morir; pero á pesar de esto, el rebelde lograba sostenerse en Toledo, si bien su audacia habia disminuido considerablemente, y ya no se atrevia á salir de la ciudad á ejercitar sus acostumbradas correrías.

Durante este tiempo Abderrahman-ben-Mohamed, el hijo del Mactul, y nieto por lo tanto de Abdallah, crecia en palacio y demostraba un ingenio y disposiciones tales, que tenia admirado á todo el mundo, incluso su mismo abuelo; su memoria era tal, que solo de ocho años de edad sabia todo el Coran y las *sunnas* (tradición de ocho años de su fuerza é inteligencia tan grande, que á los doce montaba á caballo, manejaba el arco y la lanza y entendia de guerra mas que muchos antiguos caudillos. Todas estas cualidades hicieron que Abdallah le prefiriera hasta á su mismo hijo, no obstante las recomendables prendas de este, si bien para no causarle un pesar, procuraba ocultarlo.

Su edad era ya avanzada; los achaques que lo agitado de su vida le acarrearon tenianle abatido, y una circunstancia vino á precipitar su fin: fue esta la muerte de su madre, á quien queria extremadamente, y que acarreó la suya. Sintiendo ya enfermo, reunió su consejo y ante él declaró que deseaba le sucediese su nieto Abderrahman-ben-Mohamed, que fue en efecto reconocido *alhadi* por todos los circunstantes, no exceptuándose su hijo Abderrahman, que con una magnanimidad digna de todo elogio, no solo no se mostró ofendido al verse postergado, sino que fue de los primeros en jurar y reconocer á su sobrino.

Pero despues de este acto y á fines del año 912 se agravó la enfermedad de Abdallah y exhaló el último suspiro: dejó once hijos y catorce hijas.

Abderrahman III, su nieto, jurado ya como sucesor, fue el primero que tomó el título de *califa* y emir almumenin (príncipe de los fieles), dándole además el pueblo otros varios nombres que expresaban alguna de sus buenas cualidades y con los que le probaba su cariño. Pocos habian ocupado el trono de Córdoba bajo mejores auspicios que él, ni con una aquiescencia mas universal.

Comprendiendo que lo mas urgente era vencer á Caleb, contra el dirigió sus tropas primeramente, y haciendo para aumentarlas un llamamiento á todos sus vasallos, fue tal el número de los que acudieron que hubo de despedir á una porcion, quedándose tan solo con cuarenta mil hombres, al frente de los cuales marchó hacia Toledo, llevando como jefe de la vanguardia á su tío Abderrahman, á quien los soldados llamaban *Almudhaffar*, á causa de sus muchos y gloriosos triunfos, y á quien nosotros llamaremos tambien así para evitar el confundirle con el califa.

Sabedor Caleb del peligro que le amenazaba, salió de Toledo, donde dejó á Gafiar, uno de sus hijos, y dirigióse hacia la España oriental en busca de refuerzos; pero al encontrarse próximo á Cuenca, vióse obligado á trabar combate con las tropas del califa, que dirigidas por *Almudhaffar* le alcanzaron, atacaron y vencieron tras una empeñada lucha, matándole siete mil hombres y obligándole á huir precipitadamente á Cuenca.

Este notable triunfo se verificó en el año 913, y una vez conseguido tornóse á Córdoba Abderrahman, dejando á su tío el cuidado de continuar la persecucion y destruccion de los rebeldes por aquella parte.

Poco tiempo descansó el califa en la capital, pues deseoso de terminar la guerra de montaña que tiempo hacia estaba realizando por la serranía de Ronda, Elvira y Jaen, Mohamed-ben-Abdeha ó sea *Azamor*, salió con direccion á estos puntos decidido á ponerla fin, y parte con la fuerza, parte con la dulzura y persuasion logró completamente sus deseos, pues la mayor parte de aquellas indómitas gentes le rindieron homenaje, y entre ellos el mismo Mohamed y Obeidallah, el ilustre capitán enviado á este wali de Jaen y á aquel alcaide de Alhama, no solo le valió la gratitud de estos, sino el que alentados con ella mas de doscientos rebeldes, gobernadores de castillos en las sierras, se le sometieron y juraron obediencia, terminando así en poco mas de un año una guerra que su abuelo con fuerzas numerosas, no habia logrado acabar en mucho tiempo: así es que al volver á Córdoba fue recibido con extrema alegría por el pueblo, á quien tanto bien habia hecho dominiando á aquellas cuadrillas que infestaban el pais.

No menos feliz habia sido *Almudhaffar* en su campaña contra los partidarios de ben Hafsun, á quienes de tal modo y con tal encarnizamiento perseguia, que no eran osados á detenerse en parte alguna ni entrar en ninguna poblacion: al dar noticia de esto á su sobrino le aconsejaba si queria poner tambien pronto término á esta guerra, que reuniendo las banderas de Valencia, Murcia y demás puntos de la tierra de Tadmír, fué á reforzar á los suyos.

Con ánimo de hacerlo así, este dió órdenes á los walis de estas ciudades para que tuvieran prontas sus huestes para entrar en campaña á la primavera siguiente, y llegada que fue, púsose al frente de ellas, tras de haber visitado á Murcia, Lorca, Valencia, Játiva, Murviedro, Tortosa y otras varias, y marchó en direccion á Alcañiz, teatro de la felonía del padre de aquel en cuya perse-

cucion ahora iba. En este punto, y llevados del prestigio que ya el nombre del califa tenia, presentáronse gran número de caudillos rebeldes, á los cuales concedió amplio perdon, con la sola condicion de jurarle fidelidad.

De allí marchó á Zaragoza, una de las ciudades que mas tenaces se habian mostrado á favor de Caleb, y sin embargo de esto, la noticia de su aproximacion y la fama que le seguia á todas partes, fue bastante á operar un radical cambio en la mayoría de la poblacion, que se declaró por él conviniendo en abrirle las puertas sin exigirle condicion alguna. Esta conducta fue recompensada por Abderrahman, quien antes de entrar en la ciudad publicó un perdon general para todos los rebeldes, tanto de ella como de otros puntos.

En esta ciudad recibió dos mensajeros de Caleb, encargados de ofrecerle su sumision á trueque de asegurársele la posesion de la España oriental para sí y sus sucesores; prometia en caso de que sus condiciones fueran aceptadas entregar inmediatamente á Toledo, Huesca y todos los fuertes de que se habia apoderado. A estas proposiciones contestó Abderrahman, que jamás el príncipe de los creyentes trataria de igual á igual con un rebelde; que se rindiera en el término de un mes, ó de lo contrario, despues, aunque quisiera someterse no le perdonaria: despues de esto, y vista la no respuesta de Caleb, dejó nuevamente á *Almudhaffar* el encargo de perseguirle y tornóse á Córdoba.

No reposó mucho tiempo en esta ciudad, pues las demasias de uno de los recaudadores del *azaque* y de las tropas que le acompañaban provocó un nuevo levantamiento en las sierras de Ronda y Alpujarra, al frente de la cual se puso el mismo Azamor, á quien tanto habia favorecido, pero que, elegido nuevamente caudillo por los rebeldes, no tuvo la fuerza de voluntad suficiente para rechazar sus sugestiones y mantenerse fiel al califa. Apoderóse este de la mayor parte de los fuertes nuevamente sublevados, cuyos defensores se refugiaron en los breñales, y juzgando indigno de él perseguirlos en la montaña, dió una vez mas la vuelta hacia la capital.

Al llegar á ella recibió otra noticia importante, aunque de un suceso próspero, cual fue la de la muerte de Caleb-ben-Hafsun, ocurrida el año 919 á últimos de mayo, en Huesca.

Otro suceso tuvo lugar en este mismo año, que nos obliga á retroceder para continuar la historia de los reyes cristianos llamados ya de Leon, desde que Garcia I fijó en esta ciudad su residencia.

Al año siguiente de su elevacion al trono, ó sea en 910, el rebelde hijo de Alfonso III realizó una expedicion contra los partidarios de Hafsun, en la cual, tras de dar muerte á muchos de ellos pegó fuego á Talavera, taló su campo, y con un cuantioso botín y gran número de prisioneros regresó á Leon. Este es el único hecho de armas que citan las crónicas cristianas de Garcia I, pues luego de él, dedicóse al gobierno de sus pueblos, fundó algunas iglesias y monasterios, y á los tres años y dos meses de ocupar el trono falleció sin sucesor.

Entonces reuniéronse los nobles y prelados para elegir sucesor y nombaron á su hermano Ordoño, que se hallaba á la sazón gobernando en Galicia y se habia distinguido ya por algunas atrevidas escursiones contra los árabes.

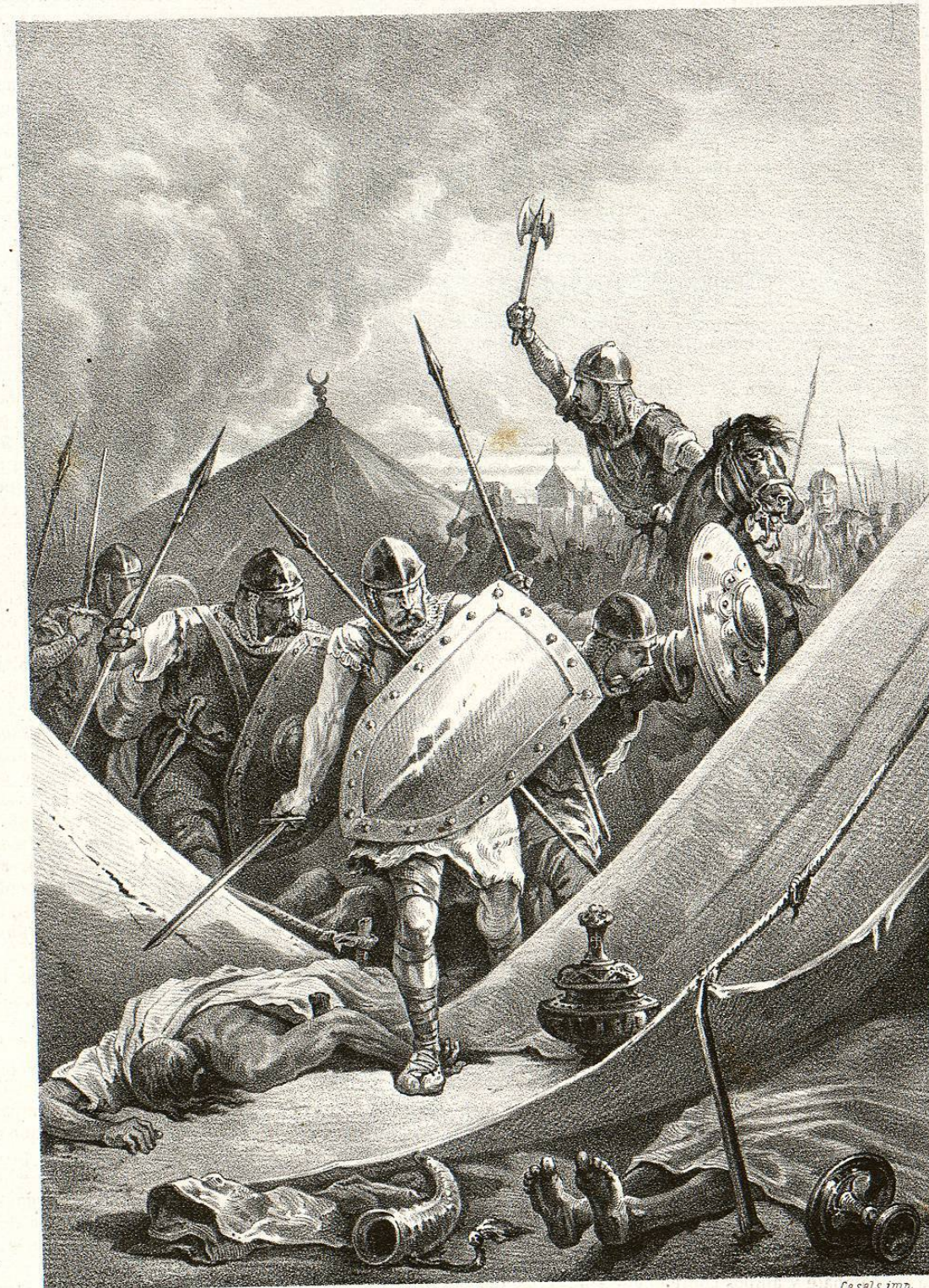
Aceptó este, y así volvieron á unirse los estados de Galicia y Leon, separados á consecuencia de la reparticion hecha entre los hijos de Alfonso el *Magno*.

Desde los primeros momentos demostró el segundo Ordoño la sangre que por sus venas corria. Rotos los compromisos que impidieron á su padre guerrear contra los árabes, hizoles sentir bien pronto el peso de su espada, y en una expedicion que realizó en 918, despues de haber asolado los campos de Mérida, cuyo wali hubo de comprar con su dinero y su humillacion la retirada de las tropas cristianas, dirigióse á la parte de Castilla y acometió á Talavera, reedificada de nuevo por los musulmanes.

Tan ruidosos hechos llamaron la atencion de Abderrahman III, de vuelta á Córdoba de su expedicion contra los rebeldes de Ronda, y decidido á atajar los progresos de Ordoño se puso al frente de un numeroso ejército y marchó contra él internándose en su busca hasta San Estéban de Gormaz.

En este punto le atacó el Monarca leonés con los suyos, y no obstante el valor y muchedumbre de los árabes, quedaron estos por completo derrotados y perecieron en número considerable, aunque no tanto indudablemente como quieren suponer las crónicas cristianas de aquel tiempo; pues á haber sido tal el desastre que solo unos cuantos hubieran podido sobrevivir á él, el poder musulman hubiera quedado muy quebrantado y sin fuerzas para realizar los hechos que despues tuvieron lugar. Los cronistas árabes guardan en este punto como en otros semejantes un completo silencio, lo que hace mas difícil la averiguacion de la verdad.

De todos modos, el triunfo de Ordoño II en San Estéban de Gormaz, acaecido el mismo año 819 fue insigne y completo, y hubiera sido de grandes consecuencias á no haber ocurrido nuevos incidentes que nos obligan á ocuparnos de la suerte que á los navarros cupo despues de la batalla de Aybar, en que su conde ó rey Garcia, halló la muerte.



DERROTA DE LOS MOROS EN PAMPLONA POR SANCHO ABARCA.